

un paseo por el sitio donde fatalmente había de tropezar con la joven?

Pensaba que Mariana se quedaría también muy sorprendida, y á medida que se le iba aproximando la contemplaba con más atención.

Estaba de pie junto al pequeño embarcadero, hecho de tablas, que penetra hasta el Lago. Sobre su vestido negro llevaba una manteleta adornada con azabache que brillaba al sol. Una pluma negra, impulsada por la brisa, flotaba alrededor de su elegante sombrero de paseo, que sujetaba las ricas trenzas de sus rubios cabellos. Vaudrey examinaba atentamente aquella viviente estatua de mujer parisiense: entre el velo del sombrero sujeto detrás de la cabeza y el adorno de azabache del abrigo, algunos rizos dorados adornaban el cuello, y en aquel cuadro de luz vivísima, aquella mujer elegante, aquella seductora silueta se destacaban sobre el inmenso fondo del cielo azul, sobre el horizonte de las aguas del Lago y aparecía á los ojos de Sulpicio mucho más deliciosa, más *mujer* que con el escotado traje de baile, con que la había conocido.

Cuando los pasos de Sulpicio hicieron ruido en la arena, ella se volvió bruscamente y él comenzó á caminar con cierta timidez que lo acometió de repente.

Bajo el velillo negro echado á la cara y cuyas motas de terciopelo manchaban aquel rostro como si fueran moscas paradas en él, Vaudrey echó de ver en seguida la palidez casi enfermiza de Mariana y luego la expresión repentinamente gozosa de su mirada. Un rubor furtivo subió también á las mejillas de la joven.

—¿Vos aquí?—dijo.—¿Vos, señor Ministro?

Y dió un tono enteramente distinto á esta segunda pregunta. En la primera, que pareció un grito de alegría, había habido mucho más abandono. En la segunda, se notaba cierta afectada cortesía.

Vaudrey contestó con una vulgaridad cualquiera.

Hacía buen tiempo, estaba cansado de trabajar y había querido tomar un rato el sol. Pero ¿y ella?

—¡Oh! ¡Yo! Verdaderamente no sé ni cómo estoy aquí. Preguntádselo..... al cochéro. Me ha traído á donde ha querido.

Y hablaba con voz breve, irritada, en la cual se echaba de ver cierta decepción ó cierto dolor.

Maquinalmente seguía tirando al suelo migajas de bizcocho que se disputaban con avaricia los patos multicolores, blancos ó grises, negros, mosqueados, con cuellos erizados de plumas verdes ó

azules, cuyos tonos distintos recordaban el cristal de Venecia, y que corrían, levantaban el cuello, abrían el pico y graznaban, precipitándose ó los pies de Mariana, peleándose, ahogándose casi, para tragarse los pedacillos de bizcocho que vendía á pocos pasos de allí una mujer del pueblo.

—¡Ah! ¡Si hubiese podido suponer que tendría el honor de encontraros aquí!—dijo Mariana.

—¡El honor!—interrumpió Vaudrey.—Yo diría el placer.

Ella lo miró frente á frente.

—Hoy no sé—añadió ella—lo que es placer, ni alegría. Vengo del Hotel Continental donde esperaba ver.....

—¿A quién?

—A nadie.....

—Si eso fuese verdad no frunciríais así las cejas.

—Pues bien..... á un amigo..... A un amigo que había encontrado..... y que ha desaparecido..... bruscamente..... En fin, tal vez no importa..... tal vez es mejor. Lo que sucede es porque debía suceder..... Y héme aquí—nos dejaremos de jeroglíficos—dando de comer á los patos. ¡Sabe Dios cómo ni por qué! ¡Detesto á los animales! Y el Estado alimenta muy mal á éstos; os lo advierto, señor

ministro; tienen mucha hambre. ¿Qué hay, qué hay?—dijo á un pato de la India, que más atrevido que los demás le picoteaba el filo del vestido para llamar su atención y reclamarle otros pedazos de bizcocho.

Mariana se echó á reir nerviosamente.

—Lo que es éste no es corto de genio—dijo.

Y le tiró un pedazo grande que el animalito tragó precipitadamente, casi ahogándose.

—¿Sabéis que la historia de estos patos es la de toda la especie humana, señor Ministro? Hay algunos que no han cogido nada desde que estoy aquí dándoles de comer, y otros que en cambio han comido mucho más de lo que debieran. ¿Cómo llamaríais á eso? ¿Malas prácticas de economía política?

—¡Hola! ¡hola!—dijo Vaudrey.—¡Hacéis altas reflexiones de filosofía!.....

—A propósito de esto, sí—dijo Mariana señalando al grupo de animalitos que por todas partes acudían dando graznidos, al salir del agua.—Ya sabéis que cuando uno está triste, filosofa á propósito de cualquier cosa.

—¿Y estáis triste?—preguntó Sulpicio con una voz que temblaba un poco.

Mariana tiró al suelo el pedazo de bizcocho que

aun le quedaba en la mano, se limpió los guantes y volviéndose al Ministro:

—Muy triste—dijo con una sonrisa que estremecía.—¡Oh! ¿Qué queréis? Los diablos azules ¿os acordáis?

Sulpicio la veía tal y cómo la había visto la noche antes delante de él, con los brazos y los hombros desnudos, bella y seductora; y ahora al contemplarla con los hombros cubiertos por el abrigo, con el rostro medio oculto por el velillo del sombrero, pálida, triste, la encontraba un encanto más peligroso aun. Por otra parte, lo raro de la situación, lo casual de aquel encuentro, daba á su conversación cierto tinte misterioso y cierto encanto de cita amorosa.

¡Ay! ¡cuánto celebraba su ocurrencia de ir á tomar el sol al bosque de Bolonia! Ahora le parecía que había ido solamente por ella. Parecíale también que cierto magnetismo del pensamiento había reunido en aquel rincón solitario, aquellos dos seres que el día antes no se conocían y no cruzaban más que palabras indiferentes, y que en aquella soledad llena de sol, bajo los árboles, al aire libre, se encontraban impulsados uno hacia el otro y como atraídos por la misma simpatía.

—¿Sabéis en lo que estoy pensando?—dijo ella

riendo graciosamente.—¿En lo que pensaba tirando migas de bizcocho á los patos? Un idilio, ¿no es verdad? Pues bien; me decía que si una se atreviese..... un salto rápido, un zambullón en agua tranquila como ésta..... pura..... tentadora..... y acababa una de una vez con la vida.

Vaudrey no contestó palabra y la miró estupefacto y lleno de inquietud.

—¡Oh! ¡no temáis! no me atrevo..... ¡Y además nada mejor que esos cisnes! ¡No hay peligro!

Instintivamente él la había cogido por las manos, experimentando un gozo singular en sentir bajo sus dedos el cútis finísimo de las muñecas de Mariana.

—¡Tenéis fiebre!—dijo.

—Por menos la tendría cualquiera.

Su voz seguía siendo dura y desgarradora.

—La partida de..... de ese amigo..... ¿os ha hecho sufrir mucho?

—¿Sufrir? no. Desilusionado, sí..... ¡Seguramente habréis hecho en vuestra vida castillos en el aire! ¡Toma!..... ¡Si seré yo tonta! ¡Y los haréis todavía! Pues bien; eso es lo que á mí me ha pasado.

Y separando suavemente sus manos de las de Sulpicio, y caminando con lentitud, se alejaba de la orilla del lago, dirigiéndose hácia el sitio donde

la esperaba su cochero, con los ojos cerrados y la boca abierta.

—¿A dónde vais al marcharos del Bosque?— preguntó Vaudrey.

—¿Yo? ¡ni lo sé!

Él hizo un movimiento de impaciencia.

—¡Oh! ¡no hay que asustarse!—dijo Mariana.— ¡Quiero vivir! ¡No temáis nada! ¡Me iré á mi casa, qué diablos!

—¿A vuestra casa?

—O á casa de mi tío. Pero en verdad—añadió la joven—en verdad, señor Ministro, os estáis ocupando de cosas que son de la incumbencia del señor Jouvenet, vuestro prefecto de policía. Lo conozco mucho, y es mucho menos preguntón que Vucencia.

Eso consiste tal vez—dijo Vaudrey con su sonrisa habitual—en que se interesa por vos menos que yo.

—¡Ah! ¡bah!—contestó Mariana.

Hablando de esta suerte habían llegado á donde estaba el carruaje de alquiler que llevaba la joven, la cual se quedó mirando al cochero un momento.

—¿No os parece que da lástima despertarlo?—dijo Mariana.—¿Queréis acompañarme un poco, señor Ministro?

—Vaudrey palideció ligeramente, adivinando en aquella pregunta algo así como una acariciadora promesa.

Los ojos garzos de Mariana no lo perdían de vista.

Caminaban lentamente, seguidos de cerca por el carruaje de Sulpicio, la gigantesca sombra del cual, los precedía en el suelo de la avenida, alrededor del Lago, donde los cisnes corrían con las alas abiertas, muy blancos y golpeando el agua con las patas, produciendo espuma que les salpicaba: nieve cayendo sobre copos de nieve. En el agua se reflejaba el azul del cielo. La hierba, de un color verde tostado, casi ceniciento, parecía una alfombra de terciopelo, demasiado usada por algunos sitios.

Mariana miraba el paisaje y lo enseñaba silenciosamente á Vaudrey, á quien toda aquella deliciosa tranquilidad pareciale que tenía algo de abandonado, de misterioso y de furtivo.

—¡Cualquiera diría que estábamos en el fin del mundo!—murmuró Sulpicio impresionado y bajando la voz sin saber por qué.

Una sonrisita burlona de Mariana le contestó, al mismo tiempo que la joven le señalaba un poste donde, escrito en un cartelón blanco, se leía: *Camiño de la Croix Catelan.*

—Es bien parisiense—dijo ella—este fin del mundo.

—Y sin embargo, ved que solos nos encontramos hoy aquí.

Parecía que ella adivinaba su pensamiento porque tomó un sendero que desembocaba en la avenida, y allí, en aquel estrecho espacio de tierra blanca, húmeda, donde los delgados tacones de sus botitas se apoyaban como si dieran besos en una mejilla, echó á andar ella delante y Vaudrey detrás, contemplándola sin cesar, profundamente conmovido.

Y Sulpicio experimentaba á cada paso una emoción más grande. Había encima de aquel bosque, salpicado aquí y allá de troncos más claros, un cielo muy elevado, inmenso, azul pálido, cruzado por algunas nubecillas cenicientas; y de todo aquello se desprendía cierto effluvio cibelino, un olor sano y fresco que ensanchaba los pulmones y daba ganas de vivir.

—¡Vivir! ¡y esta muchacha bellísima, esbelta,—decía Sulpicio—estaba pensando hace un momento en matarse.

Aproximóse á ella suavemente, caminando á su lado, sin hablar palabra al principio; luego, poco á poco, acariciando aquella idea, empezó á hablarle

casi en voz baja, acercándole sus labios á la oreja, aquella oreja sonrosada que se destacaba de la palidez mate de su mejilla.

—¿Es posible—le decía—pensar en nada más que en esta deliciosa primavera que nace, en este bosque donde todo despierta á la vida? ¿Es cierto Mariana que habéis querido mataros?

Ni siquiera extrañó haberse atrevido á llamarla por su nombre de pila, porque le parecía conocerla y tratarla hacía mucho tiempo. Lo olvidaba todo, como si el mundo entero fuese un sueño y este sueño hubiese tomado la forma de aquella mujer.

—Sí, respondió ella. Os aseguro que estaba cansada de la vida. Pero veo que á menudo, en el momento en que más se desespera uno....

Se detuvo de pronto.

—¿Qué?—preguntó él, esperando lo que la joven iba á decir.

—Nada, nada.

Y se echó á reír, señalando, á la conclusión del sendero que seguían, otro anchuroso paseo que conducía otra vez á la orilla del lago, del cual veían á lo lejos la línea verdosa formada por el agua.

—¡Azul sobre azul!—dijo ella, señalando primero al cielo y luego al lago. Me censurabais por

no tener cariño á lo azul, señor Ministro, y mirad, estoy tomando un baño de ese color.... Es soberbio este horizonte, ¿no es verdad?

Vaudrey se preguntaba si se estaría burlando. ¿Por qué le daba aquel tratamiento, que en aquel instante y en aquel sitio sonaba mal?

Ella lo miraba, en efecto, de reojo, con cierto airecillo burlón y con su preciosa boca contraída por una sonrisita que invitaba al beso.

—Pronto llegamos á mi carruaje. ¡Qué pronto!

—Ese *pronto* me causa placer—dijo Sulpicio.

—Y, ciertamente es pronto. Este paseito no es nada, y sin embargo hace olvidar muchísimas cosas.

—¿No es verdad?—exclamó Vaudrey.

La sombra del carruaje del Ministro continuaba andando delante de ellos y bordeando el camino.

—¿Venís á menudo al Bosque?—preguntó el Ministro.

—No. ¿Por qué?

—Porque en ese caso, yo vendría con frecuencia—contestó él con voz emocionada.

—¿De veras?..... ¡Pero entonces, entonces me estáis haciendo la corte!—contestó Mariana, que lo acribillaba con sus miradas llenas de caricias y de promesas.

Él hubiera querido coger la mano de aquella mujer y poner en ella sus labios ó besar aquella nuca deliciosa donde flotaban algunos ricillos color de oro, acariciados por los rayos del sol.

—En estos hermosos días primaverales—dijo Mariana con tono extraño y dejando caer las palabras una á una lentamente—es posible que venga con frecuencia por el gusto de volver á ver este sendero.

—Pero, ¿qué es esto?—preguntó luego volviéndose bruscamente.

Llevaba arrastrando enredada en la falda del vestido, una rama seca, y se detuvo para desprenderla.

—¡Esperad!—dijo Sulpicio.

Y quiso poner el pie sobre la rama.

—Me vais á romper el vestido—objetó Mariana.—Porque está muy enganchada.

Entonces él se agachó, desprendió con cuidado las espinas clavadas en la tela de la falda, y Mariana, inclinada hácia él, miraba á aquel hombre, un ministro, casi arrodillado delante de ella en aquel bosque solitario.

Vaudrey tiró el matojo.

—¡Ya está!—dijo.

—Gracias.

Y al levantarse, Sulpicio sintió en la frente el fresco aliento de Mariana que le perfumó el rostro.

Púsose muy pálido, y la miró con tales ojos, que ella se puso un poco colorada—tal vez de placer—y ya no hablaron ni una sola palabra más hasta llegar á donde estaba el coche, en el pescante del cual seguía durmiendo el cochero. Tal vez uno y otro temían decirse demasiado.

En el momento de subir ella al carrujillo, Sulpicio, bruscamente y haciendo un esfuerzo de audacia, le dijo acercándose á la ventanilla:

—Es necesario que yo vuelva á veros, Mariana.

—¿Para qué?—contestó ella sin apartar los ojos de los de Vaudrey.

—¿Dónde volveré á veros?—preguntó él sin contestar á la otra interrogación.

—No lo sé. En mi casa.

—¿En vuestra casa?

—Esperad—dijo ella entonces bruscamente.—Yo os escribiré.

—¿Me lo prometéis?

—Palabra de honor. Al Ministerio, *Particular*, ¿no es eso?

—¡Sí!.... ¡Oh, cuán buena sois!—exclamó sin saber lo que decía, mientras el cochero de Maria-

na fustigaba el caballo, y el carrujillo echaba á andar con dirección á París.

A Vaudrey, que se quedó inmóvil, le pareció que por el cristalillo de atrás se veían unos dedos enguantados y una cara de mujer medio escondida por un velo de motas de terciopelo.

El cochecillo desapareció á lo lejos.

—¡Al Ministerio!—dijo el Ministro montando en su carruaje.

Allí se extendió á sus anchas. Estaba embriagado verdaderamente. Miraba á todos los carruajes que iba encontrando al paso. La *high life* se dirigía ya hacia el Bosque de Bolonia, porque era la hora del paseo.

Pero Vaudrey no veía á nadie, porque no pensaba más que en Mariana, en ella sola, en tanto que su carruaje bajaba la avenida de los Campos Elíseos, llena de ruido, de movimiento y de luz. El cochero tomó una calle transversal, y el carruaje penetró por entre una inmensa reja de hierro que se alza entre dos elevadas columnas rematadas por dos farolas, en un paseo que conducía á un vasto palacio, de fachada blanca y de techo de pizarra que brillaba bajo los rayos de un sol primaveral.

Un soldado de infantería, con pantalón colorado y shakó, estaba de centinela, inmóvil, al lado

de una garita de madera pintada de color plomizo. Por encima de la verja ondeaba al sol una bandera nacional nuevecita, como si se estrenara en honor del nuevo Ministerio.

Había en la fachada del palacio dos armaduras de gas formando dos letras mayúsculas enormes: R. F., dispuestas á ser encendidas las noches de recepción.

Dos lacayos abrieron apresuradamente las puertas y se precipitaron hacia el carruaje que se detenía, para abrir la portezuela al señor Ministro.

—¡Adios, Mariana!— pensó Vaudrey al poner el pie en la antesala de aquel palacio, frío y triste como un sepulcro.

VIII.

Mariana Kayser era supersticiosa. Creía que en los momentos críticos, en las partidas comprometidas, la salvación llegaba jugando el todo por el todo. Por lo que á ella toca, solía decir que había rebotado siempre contra el suelo como una pelota de goma, cuando ya estaba medio vencida. El Destino daba pretexto á sus supersticiones. Creíase perdida, cansada de brujulear, harta de vivir,

cuando de pronto el señor de Rosas llegó á París sin que nadie lo esperase y de regreso de su viaje al fin del mundo. Aquello era la salvación.

El Duque no era difícil de seducir. Habíase entregado como un chiquillo en casa de Sabina Marsy. Mariana salió completamente satisfecha de aquella velada. Había reanudado en ella todas sus esperanzas y encontrado su buena suerte habitual. Al otro día vería á Rosas. Pasó la noche sin dormir haciendo castillos en el aire. Por la mañana se levantó radiante.

Su tío al verla, la encontró rejuvenecida y desconocida.

—Estás bella como un cuadro del Corregio, pintor voluptuoso, pero de mucho talento. Debías servirme de *modelo* para una Santa Cecilia. Con una aureola estarías admirable!....

—¡Oh! ¡otro día!—dijo Mariana.— Ahora no tengo tiempo.

Simón Kayser no se metió en preguntar á la joven por qué no tenía tiempo. Mariana era perfectamente libre. Que cada cual arregle sus asuntos como pueda. Ese era otro de los axiomas favoritos del pintor, hombre de principios y de ideas fijas.

Mariana almorzó temprano y muy de prisa; luego se vistió, mirándose cuidadosamente al espejo y estu-